

Efraín Bartolomé

El triunfo de las cosas terrestres

Juan Domingo Argüelles

Efraín Bartolomé es sin duda uno de los poetas actuales más apegados a las voces de la tierra. Juan Domingo Argüelles celebra en este ensayo la aparición de Cantando el triunfo de las cosas terrestres, donde el autor de Música lunar canta a la naturaleza con su natural sentido del ritmo y la precisión poética.

En un ensayo famoso, pero sobre todo precioso, de sus *Divagaciones literarias* (“Libros que leo sentado y libros que leo de pie”), el gran José Vasconcelos escribió:

Para distinguir los libros, hace tiempo que tengo en uso una clasificación que responde a las emociones que me causan. Los divido en libros que leo sentado y libros que leo de pie. Los primeros pueden ser amenos, instructivos, bellos, ilustres, o simplemente necios y aburridos; pero, en todo caso, incapaces de arrancarnos de la actitud normal. En cambio los hay que, apenas comenzados, nos hacen levantar, como si de la tierra sacasen una fuerza que nos empuja los talones y nos obliga a esforzarnos como para subir. En éstos no leemos: declamamos, alzamos el ademán y la figura, sufrimos una verdadera transfiguración.

Hace mucho tiempo que conozco el ensayo de Vasconcelos, pero había olvidado realmente su clasificación para distinguir los libros hasta que, de pronto, mientras leía el nuevo libro de Efraín Bartolomé, *Cantando el triunfo de las cosas terrestres*, me incorporé de la silla y comencé a caminar sin dejar de leer. Y ya no leía; declamaba. Alzaba la voz del modo más natural, porque así me lo exigía el poema.

“Mi corazón tiene también hambre de cielo / Tiene hambre de ebriedad / Hambre de arroyos limpios / Hambre de ráfagas y de cascadas / Hambre de claridad / Hambre de nube”, leía en alta voz y caminaba, y entonces comprendí con precisión a qué se refería Vasconcelos al afirmar que hay libros que nos arrancan de la actitud normal porque nos levantan “como si sintiéramos revelado un nuevo aspecto de la creación; un nuevo aspecto que nos incita a movernos para llegar a contemplarlo entero”.

Esto es, exactamente, vasconcelianamente, lo que me ha sucedido con *Cantando el triunfo de las cosas terrestres*, un libro que se lee con sobresalto, con ansiedad y conmoción, porque no pertenece como los innumerables que hay ni al género apacible ni mucho menos a los géneros necio y aburrido que son hoy los más socorridos no sólo por los autores, sino lo que es peor por los lectores: libros de plomo o plomo de libros que nos narcotizan, nos atontan, nos hacen bostezar, nos engatusan y nos toman el pelo.

Los “libros radicalmente insumisos”, como los definía Vasconcelos, no nos toman el pelo, sino que, literalmente, nos toman del pelo y nos levantan de nuestra comodidad para que realmente *veamos*; para que no leamos únicamente, sino para que vivamos, de algún mo-

do, lo leído: son los libros que alientan, sin melindres, nuestro humano impulso a ponernos de pie y a seguir oyéndolos, es decir, viviéndolos, mucho tiempo después de haber cerrado sus páginas.

Y aquí recuerdo también lo que escribió Franz Kafka y que algunos de ustedes también recordarán: “Si el libro que leemos no nos despierta con un puñetazo en el cráneo, ¿para qué leerlo?”, y concluía que “un libro ha de ser un hacha para romper el mar helado que llevamos dentro”.

Son abundantes los lectores que, por pasársela leyendo libros de los géneros necio y aburrido, no han leído jamás ni a Kafka ni a Vasconcelos ni a muchos otros que, como ellos, hacen que el libro no sólo sea un libro, sino sobre todo un hacha, como quería Kafka, para rajar nuestros hielos interiores, auténticos témpanos de indiferencia, desinterés e insensibilidad.

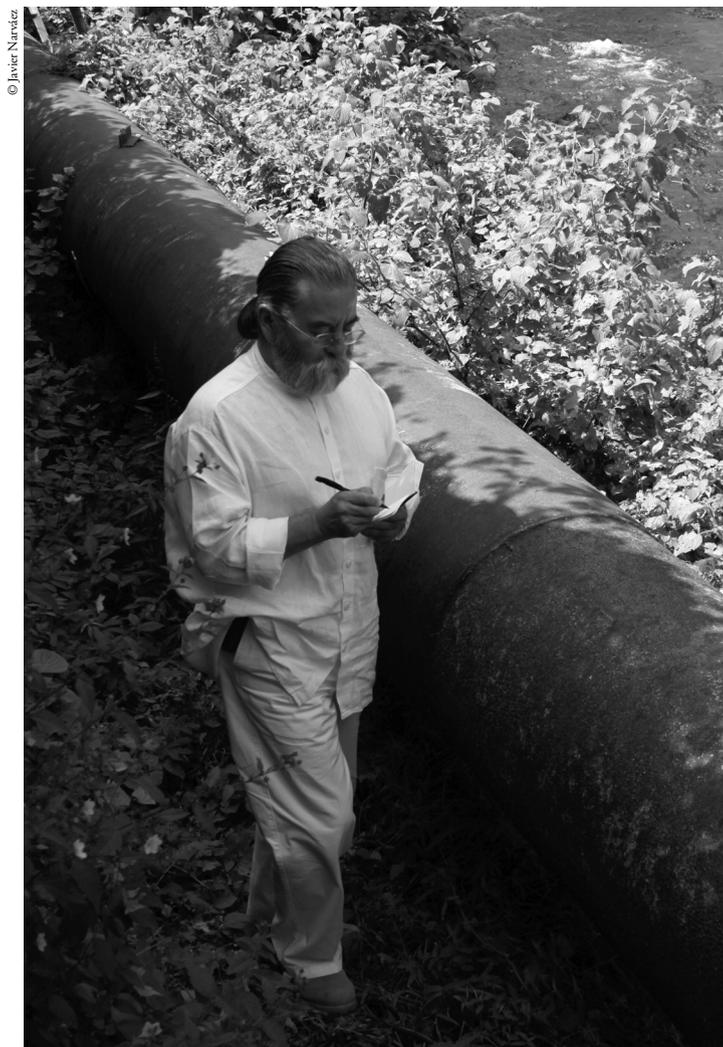
Siendo un libro no convencional que, en sus dos caras, rinde honor a Jano, *Cantando el triunfo de las cosas terrestres* nos habla del pasado y el porvenir, pero también nos inquieta mostrándonos el presente en un recorrido por una región ignota de la naturaleza chiapaneca que sobrevive heroica en su fragilidad: amenazada por lo que se denomina el “progreso” y por lo que muchas veces es solamente una destrucción sin posibilidad de

retorno. Ojalá que este libro con nueva conciencias y ayude a proteger esa hermosa reserva natural.

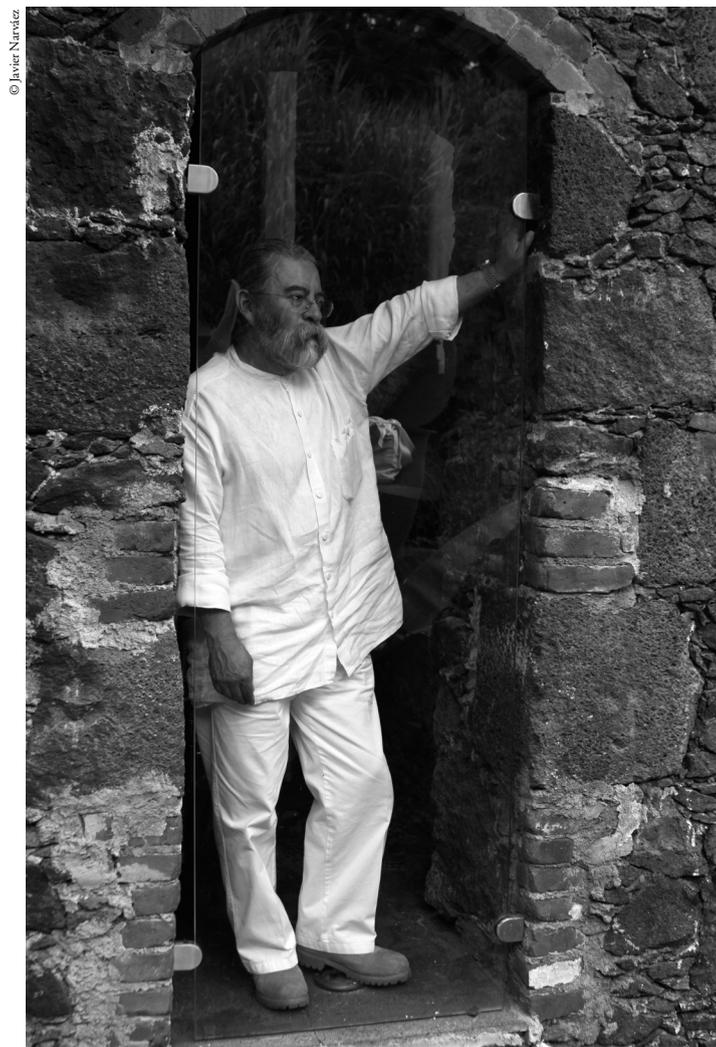
Comencé leyendo la cara del verso y luego me adentré en el rostro de la prosa, para después volver, una vez más, a las aguas del verso, pero esta vez cantando, sí, cantando, en voz alta, el triunfo de las cosas, el triunfo de las palabras, el triunfo de las emociones y el absoluto triunfo de la poesía, pues todo en este libro es poesía, y hasta los latines científicos armonizan en el idioma de la emoción inteligente.

El lector, con los ojos del poeta que explora, ve, mira y contempla la vegetación, las aves, los grandes árboles y los otros animales: igual las mariposas y los insectos que los raros mamíferos y los reptiles; admira los verdes tornasolados del quetzal y los azules cielos y el vuelo y el prodigio de la *tangara cabanisi*. Y canta “bajo el follaje del encino mayor” toda la gloria de la vida y la armonía de las cosas. El lector, con los oídos del poeta, escucha los trinos, los gorjeos, los silbos, los siseos de las maravillosas criaturas del aire. El poema vuelve a ser la palabra esencial para nombrar las cosas; para fundar el paraíso y para describirlo inolvidablemente.

En algunos momentos me he visto escribiendo y leyendo, más de una vez, el título del libro de Efraín Bartolomé, con un error muy mío: *Nombrando el triunfo*



Efraín Bartolomé



de las cosas terrestres. Ya sé que el poeta las canta y no sólo las nombra, pero nombrar es también darlas a conocer por vez primera, y al menos en el poema estos verdes fulgores de las hojas, estos intensísimos colores de las alas y esos inéditos trinos, gorjeos y cantos están nombrados por primera vez con una dignidad extraordinaria que consigue el propósito de que el lector vea y escuche y sienta el magnífico ritmo de la selva.

Cuando era joven lo dudaba, pero hoy no tengo la menor duda al decir que una de las razones por las que mucha gente se ha alejado de la poesía es porque los poetas han dejado de hablar con sus semejantes; se han olvidado de los lectores y se han entregado a mirarse el ombligo o cosas peores. Con sus criptografías aburridas y pretenciosas han ahuyentado al lector para quedarse solos, aburridamente, con otros poetas aburridos, auto-complacientes y narcisistas, que no hacen otra cosa que contemplarse a sí mismos.

La gente común suele decir hoy que no entiende la poesía y hay quienes miran a esta gente de arriba abajo como compadeciendo su estupidez. Pero lo cierto es que, en mucho de lo que escriben ciertos poetas, no hay nada que entender ni mucho menos que sentir, y por ello la gente común tiene razón en no entender nada, porque al menos ya entiende que no entiende y lo único que le falta por entender es que no hay nada que entender en toda esa hojarasca vacía de vida. Eliot sentenció: “El peor pecado que puede cometer la poesía es el aburrimento”.

Como la entiende y la crea Efraín Bartolomé en cada uno de sus libros, pero especialmente en éste de suyo deslumbrante, la poesía tiene que buscar la comunión, precisamente para comunicar, o no sirve para nada. Incluso los buenos narradores lo saben. Los mejores novelistas, a los que admiro, saben leer poesía, aunque, por respeto al género, no se atreven a escribirla.

Julio Ramón Ribeyro anotó en su *Diario* que la “cerebralización” y aun la “cerebralización magnífica” de ciertos poetas inextricables, reputados como prodigiosos (porque casi nadie los entiende), lo único que consigue es un lirismo congelado; un mundo gélido en el que jamás se asoma el sol de la vida porque todo se vuelve fría “literatura”, es decir, artificio sin alma, juego verbal, acrobacia, técnica y pirotecnia y nada más.

Por su parte, John Irving, novelista vital, dijo lo siguiente en una entrevista:

Siempre he pensado que lo más difícil es ser *claro*; claro en la manera en que uno vive su vida, en el modo en que se relaciona con los demás, cría a sus hijos, escribe sus libros. Creo que ser claro es algo sumamente difícil. No es ninguna hazaña ser difícil de leer, o imposible de entender; de hecho, es mucho más loable ser entendible. [...] A medida que ha ido creándose un gusto por la literatura, han proliferado los críticos, los analistas teóricos de la

literatura, los académicos. A mí me gustan los libros que se pueden leer sin intermediarios.

Y añade otra cosa que comparto con él y ahora con ustedes. Dice:

Me molesta, por ejemplo, que alguien como yo, con una educación más que decorosa, no pueda leer mucha de la poesía contemporánea. He asistido a muy buenas escuelas, he aprendido muy bien las reglas de la métrica y de la rima, leí *El Paraíso perdido*, sé lo que es un soneto... Es ridículo que ahora una persona que no supera el nivel universitario, que puede sin embargo leer a Milton y a Shakespeare, y hasta a Chaucer y entenderlos, no pueda entender la poesía contemporánea. Alguien, que habla mi mismo idioma, el idioma de esta época, que tiene mi misma edad, me está diciendo que si yo no logro comprender su poesía es por mi culpa. ¡Al carajo! No es así. Es muy fácil resultar ininteligible. [...] Los escritores “difíciles” fomentan esa especie de incomunicación intelectual, muy culta, eso sí, pero casi taquigráfica. Odio el elitismo, los preciosismos baratos y la especialización de buena parte de la escritura contemporánea. Me llena de ira ver cómo la novela, otrora el género más popular, padece ahora el mismo defecto que la poesía y la pintura modernas; sólo puede ser apreciada por novelistas, como la poesía sólo por poetas y la pintura sólo por pintores.

Con esta diatriba irvingniana, a la que uno mi voz, en lo que quiero insistir es en el hecho de que *Cantando el triunfo de las cosas terrestres* es un libro que todos podemos leer, entender, sentir, gozar y con él inquietarnos por el futuro imperfecto que amenaza a la reserva natural de El Triunfo. Y todos lo podemos leer, como deseaba Irving, sin intermediarios. Es un libro que no requiere de mediadores: le habla al común de los mortales, y el común de los mortales puede sentir y entender que esta poesía abre brecha, dice cosas, describe ambientes, muestra estropicios, enaltece cielos magníficos, centra nuestra mirada y nuestros oídos en la experiencia maravillosa y, paradójicamente, en medio de la selva de las palabras, esta maravillosa poesía no se anda por las ramas.

Nos lo pueden decir los ecologistas y los conservacionistas, pero también nos lo dice el poeta (¿y de qué modo!), para que veamos, para que comprendamos, para que entendamos que la poesía no está aquí para aburrir a nadie, sino para enseñar a mirar y a contemplar lo que muchos ni siquiera ven, o si lo ven jamás lo observan.

Y aquí no puedo resistirme a la tentación de citar un certero epigrama de Eduardo Lizalde, que viene a cuento y verán por qué. Se llama “Prosa y poesía” y dice así: “La prosa es bella / dicen los lectores. / La poesía es tediosa: / no hay en ella argumento, / ni sexo, ni aventu-

ra, / ni paisajes, / ni drama, ni humorismo, / ni cuadros de la época. / Esto quiere decir que los lectores / tampoco entienden la prosa”.

Como ya he dicho, mi segunda lectura de *Cantando el triunfo de las cosas terrestres* la hice en voz alta, como hay que leer también la poesía para sacarle todo su provecho, su dulce jugo, su savia vital, su música viva, su pensamiento y su emoción. Fue una experiencia maravillosa.

Leer, no en bicicleta, como decía Gabriel Zaid, pero sí de pie, caminando y escuchando nuestra propia voz que hace el milagro de sentirnos como si estuviéramos en los pies del poeta, explorando el universo nuevo y contemplando por primera vez los colores iridiscentes, irisados, del quetzal, el rojo cuerno del pavón y la magnificencia de los altísimos árboles y de los grandes helechos prehistóricos.

En *Cantando el triunfo de las cosas terrestres* hay también una historia, además de una toma de conciencia. La historia siempre está en los mejores poemas, porque los mejores poemas siempre narran historias concentradas. La historia que relata Efraín Bartolomé en su nuevo libro es la historia de un pasado respetuoso por la naturaleza ante un presente irresponsable en relación con esa misma naturaleza. Es la historia del respetuoso pretérito hacia el entorno frente a la destrucción invasiva o la amenaza siempre latente de un hoy, de un ahora antipoético que ha perdido el sentido, el valor y la simple noción de lo sagrado.

Parecido al de Marco Polo, este libro de las maravillas de Efraín Bartolomé nos descubre y describe un oriente de raras especies y de cosas no vistas por la mayoría de los lectores. Y lo hace siempre con la voz y la mirada del poeta: sea en prosa o en verso, pues para el poeta no hay prosa que no sea poética.

Me impuse la dura prohibición de citar en exceso los versos del poeta. De hecho, salvo al principio, no lo he citado. Pero no puedo ser tan implacable conmigo, con el lector que soy y que, como todo lector que se respeta, disfruta la ilusión de leer algo que, por supuesto, hubiera deseado escribir y firmar. Si, al leer un texto que nos emociona y nos conmueve, no deseamos ser nosotros los autores de ese texto, es que no somos en realidad lectores y sólo hemos pasado por encima del texto.

Por ello, leo de pie: “Parado en la hojarasca nutricia / en que se hermanan todos los árboles del bosque / Hechizado por aquel denso abismo de follaje y niebla / el temazate rojo mira el mar / Barbas del árbol viejo mecidas por el viento / Largos festones de musgo amarillento / ¿qué está mirando el temazate rojo así tan quieto? / El sol cruza el follaje / Da lengüetazos de oro sobre la suave piel / del temazate rojo que mira el mar / Él contempla el abismo. / Yo lo miro temblar”.

He hecho mío el poema. Es mío desde ahora y ha pasado a ser parte de mi experiencia. De nada sirve un poema si no lo hacemos nuestro. Y al formar parte de uno, lo leído, con emoción, con conmoción, con angustia o anhelo, hacemos también nuestro lo que canta el poeta: ese rico universo, El Triunfo, nuestro Triunfo, al que exige salvar de la garra antiética y la pezuña anti-poética.

Cantando el triunfo de las cosas terrestres de Efraín Bartolomé es un libro en el cual el poeta regresa a sus orígenes: a la selva chiapaneca, a su entorno natural y a su poesía celebratoria del paraíso. Pero, además, este libro tiene un elemento añadido: es una obra militante, en el mejor sentido del término, en defensa de la naturaleza y de advertencia de lo que los seres humanos estamos haciendo, en nombre del “progreso”, con nuestros recursos agotables: bosques, selva, ríos, fauna, etcétera.

Siendo un libro que es resultado de su viaje a la reserva natural El Triunfo, tiene por objetivo no sólo el canto y la celebración, sino también la denuncia: estamos acabando con la maravilla, con el paraíso terrenal, a cambio de nada: el oro se convierte en cobre, el verdor en gris concreto, el universo deleitoso donde habitan especies vegetales y animales únicas está en riesgo de perecer. Y, por ello, el poeta eleva el canto pero también la advertencia.

Este nuevo libro de Efraín Bartolomé se inscribe, sí, en el desarrollo de una estética propia que ya conocemos, a partir sobre todo de *Ojo de jaguar*, *Música solar*, *Corazón del monte* y *Fogata con tres piedras*, además de sus otros libros en cuyas páginas también reaparece esta preocupación por el entorno natural amenazado. Yo diría que, incluso, éste es un libro ecológico en el más amplio sentido; es un arte poética en defensa del mundo.

En cuanto al lenguaje, puedo decir que éste es uno de los mejores libros de Efraín Bartolomé: pleno en su madurez expresiva, lleno de música, ritmo y esencia verbal. La maestría con que maneja lo mismo el verso libre que el verso medido y rimado es la misma, también, con la que acomete la prosa narrativa poética, la lírica que es a la vez crónica de viaje y exploración maravillosa de lo ignoto.

Si tuviera que decirlo en pocas palabras: *Cantando el triunfo de las cosas terrestres* es, para mí, uno de los tres mejores libros de Efraín Bartolomé: sin demeritar los demás, los otros dos son: *Ojo de jaguar* y *Música lunar*. Pero, sobre todo en poesía, ningún libro reemplaza a otro y cada quien tiene sus preferidos según sea su íntima emoción. Para un poeta, por otra parte, su mejor libro es, seguramente, el que está escribiendo o el que aún no ha escrito. **U**